

Pudiera extenderme mas sobre esta materia; pero pasando á tratar de otros usos desconocidos al comun de los fieles, os daré ocasion de hacer por vosotros mismos reflexiones muy útiles; pidamos á Dios, que fortalezca nuestro fervor y nuestra fe. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

EXODO, cap. 25, v. 40.

Atiende, y hazlo segun el modelo que te ha sido mostrado en el monte.

ESTE es un mandamiento que se dirigia á Moyses. Despues que el dedo del Señor grabó sobre dos tablas de piedra la ley que queria dar á su pueblo, prescribió á este Xefe y conductor de Israel el órden que debia observarse en las víctimas, las ceremonias para los sacrificios, las vestiduras del Sumo Sacerdote; y las circunstancias que debian concurrir en los Ministros para auxiliarle en sus funciones. La Iglesia parece que habla de la misma manera á los Sacerdotes de la nueva ley, quando los pres-

TOM. I.—F

cribe tambien la forma particular de las vestiduras que ha designado para la celebracion de nuestros santos misterios; y como cada una de ellas tiene un sentido espiritual, que les acuerda las disposiciones que exigen sus funciones tremendas, les advierte que reunan toda su aplicacion y su estudio para adquirir los conocimientos necesarios. El modelo que les propone es Jesu Cristo, que adornado de todas las virtudes, que significan las vestiduras, debe ser para ellos una regla viva que les enseñe á honrarlas con la santidad de sus costumbres. Descendamos desde el Sacerdote á los Ministros inferiores, y de estos á los simples fieles, y digámosles: considerad atentamente las vestiduras con que la Iglesia ha revestido á los que exercen para con Jesu Cristo las funciones de Sacerdotes y de mediadores: ellas os designan que sus obligaciones y las de los Ministros en general son las mismas, en quanto al espíritu que debe animar á unos y á otros, y que las virtudes, cuya necesidad está indicada hasta en sus vestiduras, son tambien para los fieles de una obligacion indispensable. Apre-

ded pues á conocer el sentido que contienen, y conformad con él vuestra vida. Esta reflexion nos conduce naturalmente á seguir la meditacion que hemos empezado en la instruccion ultima, y si ella os ofrece conseqüencias útiles, la presente las ofrecerá mas interesantes todavía.

Ya hemos visto que el Amito, el Alba y el Cingulo nos acuerdan tres virtudes, sin las cuales será infructuoso para nosotros el Sacrificio de Jesu Cristo: á saber, el espíritu de vigilancia, y de fuerza para resistir á los impulsos del demonio: el espíritu de penitencia y de compuncion para detestar nuestros pecados; y el espíritu de pureza para contraponer á ellos las prácticas de las virtudes cristianas. Busquemos ahora en las demas vestiduras del Sacerdote una invitacion á las otras virtudes que nos inspira este Sacramento.

El Manípulo cuyo origen por su antigüedad se pierde en la noche de los siglos, y que al parecer no presenta á los fieles un objeto de edificacion, es entre todos los adornos Sacerdotales el que tiene un sentido mas mis-

terioso é instructivo. Las virtudes que nos figura no son del número de las que la santidad del Sacerdocio prescribe especialmente á sus Ministros, y cuyo descuido pueda tolerarse en un simple fiel. *Señor*, dice el Sacerdote, *que yo merezca llevar este Manípulo de lágrimas, y de dolor, á fin de que reciba con alegría la recompensa de mis trabajos.* Si los trabajos Apostólicos fuesen los que se prescribiesen solo al hombre, ó si la recompensa se prometiese solo á este género de trabajos, esta oracion tan propia para animar el zelo de los Sacerdotes del Señor, no presentaria ningun motivo de emulacion y de confianza para los demas fieles; pero desde que se promulgó la ley general contra todos los hijos de Adan, quedáron vinculados en ellos el trabajo y el dolor. Todos pues estan obligados á llevar este yugo; pero todos tambien desde que Jesu Cristo le suavizó con sus tormentos pueden prometerse la uncion, y la gracia que se requiere para llevarle con paciencia. Por esto el Sacerdote pide como una gracia lo que ha sido impuesto al hombre como una penitencia; y así no dice:

Señor, que yo lleve, ó sea capaz de llevar, sino que sea digno de llevar este Manípulo de lágrimas y de dolor; es decir, que no sea del número de esos réprobos, que como dice el Profeta estan dispensados por un fatal privilegio de la pena, y del trabajo impuesto á los demas hombres, sino que sea por el contrario del pequeño número de aquellos que Jesu Cristo ha asociado para llevar su cruz, para llorar con él, y para trabajar á su imitacion en la obra de su Padre. Cristianos, !ó qué dichosos si fueseis dignos de esta eleccion! Entónces diré que se ha colmado mi felicidad, porque en efecto no siembro sin esperanza de recoger, ni trabajo sin la esperanza del salario; y esta será la recompensa mas completa de mis fatigas. Pudiera añadir á estas reflexiones sólidas todo quanto han dicho los Padres y Autores piadosos de este adorno, y de sus antiguos usos; pero en obsequio de la brevedad diré solo que en los primeros siglos servia para consolar á los Ministros quando estaban fatigados de los trabajos de su ministerio: que ahora nos representa la gracia de Jesu Cristo que siempre está

en la mano del que la pide con humildad para servirse de ella contra las tentaciones que le fatigan, y que verdaderamente es este Manipulo el que enxugua, no el sudor de nuestra frente, no las manchas de nuestro cuerpo, sino las manchas de nuestro corazón: en fin diré que todo Cristiano debe revestirse de él, por la oracion, servirse de él con fidelidad, y conservar-le con vigilancia.

El origen de la Estola nos suministra sin duda reflexiones mucho mas extensas si consideramos que desde el siglo VI. habia consagrado ya la Iglesia este adorno para uso de sus primeros Ministros: y que por tanto estaba prohibido á todos los demas el uso de él, siendo como una señal distintiva de su autoridad; pero por la explicacion de la oracion que dice el Sacerdote podrán deducirse conseqüencias mucho mas instructivas *Restituidme. Señor, la vestidura de la inmortalidad, que he perdido por el pecado de nuestro primer Padre, y aunque soy indigno de celebrar tan gran misterio, haced que yo merezca la vida eterna.* En esta oracion trae el Ministro á la memoria su

primera y sus continuos pecados, sirviéndose de esta confesion para mover la misericordia de su Dios, que siempre toma parte en nuestras miserias quando se le representan con humildad. En efecto la Iglesia quiere inspirarnos esta virtud como absolutamente necesaria para conseguir la gracia, y darnos á entender que á pesar de toda nuestra preparacion todavia no seriamos dignos de participar de tan santos misterios si Jesu Cristo no se dignase dispensar nos su misericordia. ¿Quién de nosotros se tendria por digno de acercarse al tremendo Sacrificio? La Iglesia no habla sin embargo de esa falta de dignidad, que consiste en una adhesion voluntaria al pecado, y mucho ménos de aquella que proviene del pecado mismo: habla solamente de una indignidad conocida, y reparada segun sea posible con gemidos del corazón, expiada por la penitencia, y por el medio de una perfecta reconciliacion. Pero esta oracion bien entendida y meditada? no es las mas propia para excitar en nuestros corazones el respeto y la confianza, que deben ir siempre con nosotros al Altar? En efecto, si los Angeles

no tienen toda la pureza necesaria á los ojos del Santo de los Santos, una criatura ménos perfecta y mas frágil, ¿no debe llenarse del respeto mas profundo conociendo su miseria? ¿No debe excitar su confianza quando Jesu Cristo no se desdeña de comunicarse á nosotros para ser el apoyo de nuestra debilidad, y en alguna manera el antidoto y el preservativo de nuestra corrupcion? Los fieles todos deben penetrarse de estos sentimientos, y seguir constantemente al Sacerdote en el espíritu de estas diferentes oraciones, revistiéndose después de la Casulla; es decir, del manto de la caridad que cubre perfectamente á los ojos de Dios la muchedumbre de nuestros pecados.

Esta vestidura destinada singularmente á los Sacerdotes hace nuevecientos años que está marcada con una cruz, y por tanto la Iglesia en la oracion que dice el Ministro, la mira como la figura del yugo de Jesu Cristo. *Señor, que habeis dicho que vuestro yugo es suave y vuestra carga ligera, haced que yo lleve la que ahora me imponeis de manera que merezca vuestra gracia.* En esta oracion nos quiere de-

signar el Sacerdote las cruces espirituales, las aflicciones diarias, y las contradicciones perpetuas que nos impone la condicion de nuestra naturaleza; por lo qual quando nos presentamos delante del Altar, debemos considerar todos estos trabajos, y decir á Dios. Vos habeis dicho que vuestro yugo es suave; pero la naturaleza me dice que es duro y penoso: Vos habeis prometido aligerar la carga de todos los que son vuestros; pero mi poca fe casi me hace caer baxo el peso de los trabajos con que me afligis. Haced pues que yo los lleve en adelante con toda sumision para probaros mi confianza y merecer vuestra gracia.

Esta oracion, y todas las demas que se han dicho ántes de ella, se recitan comunmente solo por el Sacerdote; pero quizá seria muy útil que cada fiel, quando se lo permitan sus circunstancias y ocupaciones, se impusiese la obligacion de dirigirla á Dios con toda humildad: nada seria mas propio que esto para animar su fe, y para convencerle que en la Iglesia qualquiera práctica y ceremonia, por pequeña que sea, presenta á los fieles las mas

santas y utiles reflexiones. Así el que está animado de la caridad penetra perfectamente todo el misterio: en las vestiduras de los Ministros ve la instrucción de las diferentes virtudes que deben adornar á un Cristiano: en las velas encendidas ve la imágen de aquellos tiempos de obscuridad, y de persecucion en que la Iglesia ocultaba en cavernas oscuras, y en lugares subterráneos el adorable Sacramento del Altar: en la diversidad de colores de las vestiduras que la Iglesia ha establecido, segun las diferentes solemnidades, reconoce la variedad de atractivos celestiales que hacen á la esposa tan hermosa á los ojos de su Divino Esposo: tambien reconoce la virtud propia del Santo, cuya memoria se celebra; la blancura de las Vírgenes; el ardor y el valor de los Mártires; la santa austeridad de los penitentes; el trabajo y la fecundidad de los Pontífices, y aun la tristeza y las lágrimas que nos convida la fe á derramar sobre el sepulcro de nuestros hermanos en el lúgubre aparato con que se presentan sus Ministros en los días destinados á celebrar sus exéquias. La graduacion de las solemnidades, los dis-

ferentes usos que observa la Iglesia, las oraciones que reza, y las instrucciones que dá, todo merece la atencion de un Cristiano, y todo sirve para alimentar su piedad. Si fuese posible detenerse en cada una de estas prácticas, impondriamos silencio quizá á una infinidad de espíritus llamados fuertes acostumbrados á blasfemar lo que no conocen, á criticar lo que no adoptan, y á desechar lo que no creen. No sería tampoco difícil probarles que la Iglesia siempre sabia, constante siempre en sus principios, camina con un paso igual, pero firme, y que su espíritu es muy diferente del espíritu de incredulidad, que no tiene cosa fija, ni sólida; que se vuelve á todo viento de doctrina; y que muda sistemas como pensamientos: ella practica ahora lo que practicó en los primeros tiempos: se gobierna por el mismo espíritu, y encuentra en él las mismas ventajas; y si á la vista de algunas variaciones que ha hecho en su culto quisiesen los libertinos acusarla de inconstancia, yo probaria que los circunstancias y los tiempos pueden hacerla variar en sus ce-

remonias; pero que es invariable en su espíritu.

Nosotros, hermanos míos, como hijos dóciles de la Iglesia, respetemos todas sus prácticas, observemos lo que nos propone, aprovechemonos de todo lo que nos ofrece, y esperemos lo que nos promete. Que la humildad nos prepare para ofrecer con ella el Sacrificio: que la penitencia nos una: que la caridad nos ofrezca con la víctima: que la vigilancia nos conserve sus frutos, y que la perseverancia nos asegure el mérito y la recompensa en los siglos de los siglos. Así sea.

ORDINARIO

DE LA

SANTA MISA.

TOM. I.—G